

Romano Guardini, *La conversión de San Agustín*, Buenos Aires, Ágape Libros, 2014, 279 pp., ISBN 9789871204748.

Continuando una serie de estudios plasmados en obras como *El universo religioso de Dostoievski* o *Conciencia Cristiana* (sobre Pascal), Romano Guardini nos ofrece su personal interpretación del proceso interior que desembocara en la conversión de San Agustín. Aunque en rigor, amén de exponer dicho itinerario, el autor avanza en la exposición de algunos aspectos del pensamiento agustiniano, lo que lo lleva a sostener que “este libro quizá sea apropiado no sólo para brindar una introducción al destino cristiano de Agustín, sino también a su obra” (p. 14). Vamos a referirnos sistemáticamente a algunas cuestiones abordadas por Guardini a lo largo del libro.

La originalidad del pensamiento agustiniano y los peligros de su incorrecta intelección

Desde las primeras páginas, Guardini rechaza asumir una hermenéutica moralizante, psicologista o meramente ideológica sobre el Hiponense, a las que reputa inexactas y hasta erróneas, procurando de su parte apuntar a la raíz del pensamiento de San Agustín, “allí donde él no cuenta con la posibilidad de una perspectiva puramente natural prescindente de lo cristiano, sino que ve lisa y llanamente el mundo en el mundo tal cual surge de la Revelación, y por lo tanto ve el verdadero pensar en el pensar creyente” (p. 15). Para evitar confusiones y malos entendidos, se detiene a aclarar la originalidad de la obra agustiniana ya que “desde el punto de vista del método crítico, Agustín no desarrolla sus reflexiones ni *filosóficamente* ni *teológicamente*. En ellas hay ciertamente una filosofía en sentido crítico, e igualmente una teología, pero ocultas. Quien quiera verlas primero tiene que sacarlas a la luz, lo que no resulta muy sencillo. Se habrían evitado algunas calamidades si se hubiera tenido en cuenta esta realidad y no se hubiera abordado las reflexiones de Agustín como si fuesen las de santo Tomás o las de un teólogo del s. XIX. El pensamiento de Agustín se ubica aún antes de la división de filosofía y teología” (p. 85).

Por otro lado, sale al cruce de una muy difundida presentación del pensamiento de San Agustín en el que éste, a raíz del influjo neoplatónico sobre su obra, aparece como negador de la naturaleza en aras de lo sobrenatural. Con precisas consideraciones sostiene: “A un hombre que piensa de manera puramente abstracta, la teoría de las ideas podría llevarlo hacia una indiferencia hacia lo terrenal, pero no así al hombre que vive y contempla concretamente. Porque éste capta la idea al percibir la plenitud de sentido de lo existente. Y al experimentar la idea, simultáneamente se le hace precioso lo que participa de esa idea, se le convierte en tarea que realizar. Por eso el mismo Platón, que abandona la tierra en su ascenso metafísico, retorna a la tierra en calidad de formador de hombres. Si el platónico se hace cristiano, entonces amaré la cosa finita con renovado amor, porque ha sido creada y redimida por Dios. El Hijo de Dios, el santo Lógos mismo, se hizo carne, estuvo inserto en la historia y santificó lo terrenal y real. Agustín está colmado de esa sensación y pensamiento de la importancia de lo finito” (pp. 104-105).

Sin perjuicio de la defensa del genuino pensar agustino, Guardini no elude señalar cuáles son los posibles riesgos en que incurren quienes pretenden inspirarse en el Hiponense sin contar con los presupuestos que sustentan su pensamiento: “Las ideas de Agustín han ejercido una poderosa influencia porque están sostenidas por una vida muy intensa. Pero esa influencia fue desorientadora cuando dichas ideas fueron desprendidas de la experiencia subyacente y entendidas abstractamente; o bien fueron internalizadas por una conciencia cristiana estructurada de otra manera, o no cristiana en absoluto (...) la caracterización agustiniana de la relación con Dios, de la causalidad universal de Dios, de la gracia, etc., se tornan insostenibles y destructivas para la existencia personal cuando se las desprende de la verdad rectora de que Dios es, por esencia, el que ama” (pp. 152-153). Indicando cuáles son aquellos riesgos siempre latentes, nos dice Guardini: “en el plano filosófico, dicho peligro radica en el dinamismo que erosiona la firmeza de la forma, remonta el *ente* al *valor*; convierte el *ser* en *devenir*, y pone en movimiento la tragedia de la criatura real que quiere el mal. En el plano teológico, el peligro subyace en un supranaturalismo que hace depender de la gracia la naturaleza de lo creado, su esencia; que considera que la libertad sólo es posible en el ámbito de la Revelación y de la

fe, y fundamenta la inmortalidad en la redención. Conclusiones que, si es correcto mi modo de ver las cosas, ha extraído el protestantismo de muchas maneras. Pero Agustín no las extrajo (...) de ahí que los pensamientos de Agustín se tornen peligrosos cuando se los desgaja de esa viva urdimbre y se los elabora a modo de sistemas. Entonces ya no es Agustín quien habla, sino Lutero, Calvino o Jansenio” (p. 132, nota 40).

Guardini no lo dice, pero lo decimos nosotros: Igual consideración podría hacerse en relación al mal llamado “agustinismo político”, corriente que en realidad no expresa el genuino pensamiento de San Agustín, sino que constituye una muestra, en sede filosófico práctica (política y jurídica), de quienes han sucumbido a los peligros de extraer conclusiones erróneas de su obra, postulando en dicho ámbito, un sobrenaturalismo ajeno a su planteo político y jurídico.

San Agustín y Santo Tomás en el pensamiento cristiano

A partir del reconocimiento de que “Agustín y Tomás de Aquino conforman los dos pilares de la teología” (p. 15), Guardini aborda en varios lugares la relación de las respectivas cosmovisiones de ambos con el pensamiento cristiano. Y a la luz de los riesgos que el pensar agustiniano puede generar a quienes carecen de la debida sensibilidad para estudiarlo, a la que nos referimos más arriba, afirma: “siempre Agustín fue el hogar de donde se sacaba el fuego. Pero la reflexión agustiniana no se convirtió en poder dominante y determinante del camino a seguir, en *vía ordinaria* de la formación del pensamiento cristiano. De haber sido así, habría traído consecuencias fatales: el mundo se diluye, la vida es despojada de realidad, la capacidad de decisión se paraliza. La formación general del pensamiento cristiano tuvo que provenir de otro lado: de maestros en los cuales la densidad propia del ser finito fue experimentada de manera muy natural y auténtica, y se le hizo justicia. Su adalid es Santo Tomás de Aquino” (p. 156). Igualmente nos dice en otro lugar que frente a los peligros de supranaturalismo “se ha defendido el pensamiento cristiano, haciendo ciertamente a Agustín custodio del santuario interior, pero eligiendo como guía no a él sino a Tomás de Aquino” (p. 122).

Con todo, debe decirse que con anterioridad a la aparición providencial del Aquinate en la historia e incluso luego, es una verdad incontrovertible que la trascendencia del magisterio agustiniano y su presencia viva y gravitante hasta nuestros días, se constatan no sólo en el plano de la especulación sapiencial sino incluso en materias directamente ligadas a la cultura y la civilización, al punto de poder considerárselo inspirador de la cristiandad medieval, empezando por el intento de Carlomagno. Así lo entiende Rubén Calderón Bouchet: “El doctor de la idea carolingia fue San Agustín. Ni la distancia en el tiempo, ni las diferencias de la situación histórica en que vivió Agustín le pueden quitar este honor. Se tiene la prueba en el *corpus iuris civilis* totalmente inspirado por el pensamiento agustiniano. San Agustín escribió para otra época que la suya propia, ha escrito para la cristiandad occidental (...) La Ciudad de Dios fue el breviario político de Carlomagno” (*La Ciudad Cristiana*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998, pp. 544 y 551). También lo sostiene Leonardo Castellani, al afirmar que *La Ciudad de Dios* “fue la verdadera Enciclopedia de la Cristiandad Occidental” (*San Agustín y nosotros*, Jauja, Mendoza, 2000, p. 63). En otras palabras, las épocas cristianas por excelencia, forjadas desde un tiempo histórico anterior a Santo Tomás de Aquino, han podido llegar a ser lo que fueron, inspiradas en la vida y la obra de San Agustín. Así lo entiende ese gran agustiniano que fue Benedicto XVI: “En la difícil situación del imperio romano, que amenazaba también al África romana y que, al final de la vida de Agustín, llegó a destruirla, quiso transmitir esperanza, la esperanza que le venía de la fe y que, en total contraste con su carácter introvertido, le hizo capaz de participar decididamente con todas sus fuerzas en la edificación de la ciudad” (*Spe Salvi*, n° 29).

Sin desconocer las diferencias que se advierten entre el pensamiento de San Agustín y el de Santo Tomás de Aquino, debe decirse que sus coincidencias, fruto de haber abrazado la misma Fe en Cristo, son aún mayores. Entre nosotros es un claro ejemplo de síntesis entre ambos autores la obra de Alberto Caturelli, en la que se aprecia su constante y lúcido empeño en mostrar siempre la continuidad entre San Agustín y Santo Tomás, al punto que en sus memorias recoge una anécdota sobre el particular. Relata allí que el P. Victorino Rodríguez, discípulo y albacea del P. Santiago Ramírez, en ocasión de una visita

que le hiciera en Córdoba, quería transmitirle unas palabras que Ramírez le dijera antes de morir. Relata Caturelli: “Muy serio -el P. Rodríguez- me contó: ‘El Padre Ramírez, en su lecho de muerte me dijo: ‘para penetrar a fondo en Santo Tomás hay que pasar por San Agustín’. Y esto tenía que transmitírselo a usted” (Caturelli, Alberto, *La historia interior*, Gladius, Buenos Aires, 2004, p. 55).

Algunas dimensiones de la filosofía agustiniana

Para entender cabalmente el itinerario interior de San Agustín, Guardini aborda distintos aspectos de su pensamiento filosófico, sean de índole metafísica, como el de la verdad (pp. 73 y sig.), el del bien (pp. 89 y sig.) o el de la belleza (pp. 103 y sig.); gnoseológicos (pp. 73 y sig.), antropológicos (pp. 84 y sig.) o éticos (pp. 63 y sig.), señalando siempre su distancia insalvable con los postulados ideológicos modernos. En esta contraposición entre el pensamiento agustiniano y el moderno, Guardini viene a coincidir con Castellani, quien entre nosotros había salido al cruce de los intentos por establecer analogías o filiaciones entre ambos (por ejemplo en *Conversación y crítica filosófica*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1941). En ese sentido, resulta importante resaltar que Guardini enfatiza el carácter realista de la gnoseología agustiniana, contraponiéndola irreductiblemente con el idealismo, propio de la modernidad: Para San Agustín, “conocer es la asimilación del ser en la interioridad del espíritu (...) este conocer es distinto de aquel de la Modernidad. El concepto de conocimiento de la Modernidad aspira a lo *puramente noético*, hasta el grado más alto posible de desprendimiento de todo ser, exactamente como su concepto de moral se hace *puramente ético*, desasiéndose del orden de las cosas. En cambio el concepto agustiniano de conocimiento (exactamente como el antiguo y el medieval), está referido al ser” (p. 73).

La conversión: El reencuentro con Cristo

Guardini abraza la convicción que el lento peregrinar interior de Agustín, no supuso encontrar a Cristo al final de su camino. Por el contrario, sostiene que aunque de modo informe, siempre fue una

constante “el arraigo de la personalidad de Agustín en lo cristiano, la *cristianitas naturalis*. Un arraigo que es anterior a toda decisión consciente” (p. 174). Eso sí, con una imagen deformada y superficial del cristianismo, debido al medio adverso para el crecimiento de la Fe en que vivió su infancia, adolescencia y juventud: “En Agustín palpita algo, un centro expectante, por así decirlo, que responde enseguida cuando es tocado desde fuera. Ciertamente ese centro utiliza, para explicarse a sí mismo, los conceptos y términos filosóficos recibidos, pero con ellos designa algo distinto de lo que ellos designan directamente, vale decir, la propia experiencia cristiana. Y ese algo impulsa espontáneamente a las Sagradas Escrituras, como la fuente desde la cual habla aquello que es lo realmente aludido” (pp. 166-167). Para el pensamiento guardiniano, existe en todo hombre una predisposición natural hacia lo religioso, que no se puede acallar, y que debe conducir en la madurez a una decisión personal de adhesión libre y consciente a Cristo y su Evangelio: “La predisposición religiosa es una realidad ya dada, como cualquiera otra predisposición; en cambio la decisión por lo religioso y llevar una vida sustentada en lo religioso competen a la libertad y son transversales a todas las disposiciones naturales. La libertad es interpelada por la Revelación. Todo hombre puede responder a ese llamado, y con los más diversos grados de pureza y decisión. En cambio la predisposición es concedida, y el individuo no puede hacer otra cosa que desarrollar lo recibido dentro de los límites puestos” (p. 55).

Agustín busca sin cesar la verdad, y en su camino constituye un hito fundamental el encuentro con el *Hortensio* de Cicerón, que lo impulsa tras de la sabiduría. Pero se observa en este acontecimiento una doble faceta: Por un lado, el deslumbramiento intelectual que le produce la lectura ciceroniana, por otro, la reacción que le provoca: lanzarse a la lectura de las Sagradas Escrituras, las que sin embargo deja pronto, pues no le parecen dignas de parangonarse con la majestad de los escritos de Tulio. Sin embargo, años luego, cuando lee las *Enéadas* de Plotino, impactado por la profundidad espiritual de la obra, nuevamente se dirige a las Sagradas Escrituras, en especial a las cartas de San Pablo, y ahora sí, recibe las enseñanzas cristianas con humildad, adentrándose definitivamente en su camino de reencuen-

tro con Cristo. Señala Guardini que “esta vivencia, relacionada con la doctrina de Plotino, era cristiana en su raíz. Lo que Agustín leyó en las *Enéadas* era filosofía, filosofía religiosa; pero lo que palpitaba en él mismo era un cristianismo latente que pujaba por aflorar. De modo que mediante la lectura de Plotino se produce una vivencia que en verdad no proviene del ámbito filosófico, sino de otro lugar. Por un momento existe el peligro de que Agustín la interprete equivocadamente considerándola filosofía y la deje hundirse en lo filosófico. Pero su conciencia sobre el verdadero sentido de la vivencia, su instinto cristiano, es más fuerte que el espíritu filosófico” (p. 250).

En el interregno que corre de su lectura del *Hortensio* a la de las *Enéadas*, “Agustín se halla ante la exigencia de la *vita beata* de desasirse del mundo y adquirir los tesoros eternos, la perla resplandeciente del evangelio. Agustín no es capaz de hacer lo que se exige mientras crea que debe hacerlo por sus propias fuerzas. Y cree eso porque siente que no puede... y así, al no poder, tampoco lo necesita. Sólo será capaz por la gracia. Sabe que Dios le dará la gracia. Pero no se la pide porque en el fondo no quiere que le sea concedida, porque de ese modo sería capaz y tendría que actuar” (p. 221).

Pero al fin se decide y, de ese modo, Agustín se re-encuentra con el Señor. El de-velamiento de Cristo, siempre presente veladamente en su interior, le permite superar “el frío aislamiento del yo en sí mismo; la estéril disyuntiva entre el yo y el otro, mejor dicho, entre el yo y el tú. No por vía de mezcla o confusión, sino por el misterio creador de aquella vida que se reveló en la existencia de Cristo, del Dios hecho hombre, y en su conducta de amor hacia nosotros” (p. 82). La transformación interior que se produce en Agustín, “el verdadero sentido de este acontecimiento no resulta claro considerando sólo la existencia natural. Es recién la gracia quien lo devela de modo cabal, dicho concretamente: la resurrección y transfiguración de Cristo y la promesa, garantizada por ellas, de que resucitarán los muertos, de que se manifestará la gloria de los hijos de Dios y surgirá el hombre nuevo en el cielo y la tierra nuevos” (p. 82).

La conversión de San Agustín es un libro en el que como en todos los suyos, Guardini no sólo reflexiona sino que hace reflexionar al lector, y nos propone su original comprensión del universo agustiniano,

mostrando la profunda vivencia interior del Hiponense y las líneas maestras de su elaboración sapiencial, que justifican su pervivencia a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Una lectura imprescindible para adentrarnos con seguridad en la vida y la obra de San Agustín, pero no sólo para conocer su camino interior, sino también para que cada uno de nosotros descubra el único e irrepitiblemente propio, y lo recorra desde un personal encuentro plenificador con el Maestro interior, Cristo.

Ricardo von Büren
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
ricardo.vonburen@unsta.edu.ar



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional